

LAS BARRERAS DE DIOS CONTRA EL PECADO DEL HOMBRE

Volumen 1 – Sermón No. 220

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
16 DE NOVIEMBRE DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“¿A mí no me temeréis? dice Jehová. ¿No os amedrentaréis ante mí, que puse arena por término al mar, por ordenación eterna la cual no quebrantará? Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán; bramarán sus ondas, mas no lo pasarán. No obstante, este pueblo tiene corazón falso y rebelde; se apartaron y se fueron.”
Jeremías 5:22-23***

La majestad de Dios, tal como se muestra en la creación y la Providencia, debe agitar nuestros corazones en admiración adoradora y derretirlos en obediencia voluntaria a sus mandamientos. El poder Todopoderoso de Jehová, tan claramente manifestado en las obras de Sus manos, debe obligarnos a nosotros, Sus criaturas, a temer Su nombre y postrarnos en humilde reverencia ante Su Trono. Cuando sabemos que el mar, por tempestuoso que sea, está completamente sumiso a los mandatos de Dios. Que cuando Él dice: “Hasta aquí llegarás, pero no más adelante”, no se atreve a invadir: “la soberbia de sus olas se detiene”. Cuando sabemos que Dios refrena la tempestad, aunque “la naturaleza se balancea bajo sus pisadas”, y refrena la tempestad bulliciosa, Él debe ser temido, en verdad, Él es un Dios ante quien no es deshonor que nos inclinemos en el mismo polvo.

La contemplación de las obras maravillosas que Él hace sobre “el gran y ancho mar”, donde Él sacude las olas de un lado a otro y, sin embargo, las mantiene en sus cursos ordenados, debería despertar nuestras emociones más devotas y casi podría decir, inspirarnos. con homenaje. ¡Grande eres Tú, oh Señor Dios! Grandemente eres Tú digno de alabanza. ¡Que el mundo que Tú has hecho y todo lo que hay en él, declare Tu gloria! Difícilmente puedo concebir un corazón tan insensible que no sienta temor, o una mente humana tan embotada y carente de entendimiento, como para ver con justicia las señales del poder omnipotente de Dios, y luego apartarse sin algún sentido de la idoneidad de la obediencia. Uno podría pensar que la impresión sería espontánea en cada pecho y, si no, dejar que la razón haga su trabajo y, por un proceso más lento, cada mente debería convencerse.

Deja que tus ojos contemplen las estrellas. Solo Dios puede decir su número, sin embargo, Él las llama a todas por sus nombres, Él los ordena en sus esferas y viajan a través del universo aéreo tal como Él les da la orden. Son todos sus siervos los que con alegre prisa ejecutan el mandato de su Señor. Ves cómo el viento tormentoso y la tempestad obedecen como esclavos a su voluntad. Y sabes que la gran marea del océano late y vibra, sube y baja enteramente bajo Su control. ¿No tienen estas grandes cosas de Dios, estas maravillosas obras tuyas, ninguna lección que enseñarnos? ¿Acaso no revelan nuestro deber al declarar Su gloria? Nuestros poetas, tanto los sagrados como los no inspirados, han fingido conciencia ante esos agentes inanimados para que pudieran representar con mayor veracidad su honorable servicio, pero si debido a que somos seres racionales e inteligentes, negamos nuestra lealtad a nuestro Soberano legítimo, entonces nuestros privilegios son una maldición y nuestra gloria es una vergüenza.

¡Ay, entonces, los instintos de los hombres los guían muy a menudo a actuar por impulso más sabiamente de lo que comúnmente lo hacen por una convicción establecida! ¿Dónde está el hombre que no doblará la rodilla en el tiempo de la angustia? ¿Dónde está el hombre que no reconoce a Dios cuando escucha la voz terrible de Su trueno profundo y ve con alarma los rayos de Sus relámpagos volar, hendiendo la espesa oscuridad de la atmósfera? En tiempos de plaga, hambruna y pestilencia, los hombres son propensos a refugiarse en la religión, harán confesión, como Faraón, cuando dijo: "He pecado esta vez: el Señor es justo y yo y mi pueblo somos malvados", pero como él, cuando "cesan la lluvia, el granizo y los truenos", cuando se quitan las plagas, entonces pecan más y su corazón se endurece. Por lo tanto, su pecado se vuelve extremadamente pecaminoso, ya que pecan contra las verdades que incluso la naturaleza misma nos enseña que son las más justas.

Podríamos aprender, incluso sin los oráculos escritos de las Escrituras, que debemos obedecer a Dios, si nuestros necios corazones no estuvieran tan oscurecidos. Así, la incredulidad del Creador Todopoderoso es un crimen de primera magnitud. Si fuera un soberano insignificante contra quien te rebelaste, podría ser perdonable. Si Él fuera un hombre como ustedes, podrían esperar que sus faltas encontrarían perdón fácilmente. Pero como Él es el Dios que reina solo donde las nubes y las tinieblas lo rodean, el Dios a quien toda la naturaleza es obediente y cuyos altos mandatos son obedecidos tanto en el Cielo como en el Infierno, se convierte en un crimen, el carácter terrible del cual las palabras no puede retratar, que alguna vez debes pecar contra un Dios tan maravillosamente grande. La grandeza de Dios realza la grandeza de nuestro pecado. Creo que esta es una lección que el Profeta pretendía enseñarnos a través del texto. Nos pregunta en el nombre de Dios, o más bien, Dios nos pregunta a través de él: "¿No me teméis? dice el Señor, ¿no temblaréis ante mi presencia?"

Pero si bien es una lección, no creo que sea la lección del texto. Hay algo más que debemos aprender de ello. Dios aquí contrasta la obediencia del fuerte, el poderoso, el mar indómito,

con el carácter rebelde de Su propio pueblo. "El mar", dice Él, "Me obedece, nunca rompe su límite, nunca sale de su canal, me obedece en todos sus movimientos. Pero el hombre, el pobre hombre enclenque, la criaturita que Yo podría aplastar como a la polilla, no Me obedecerá. El mar me obedece de orilla a orilla, sin desgana y su reflujo se desborda, al retirarse de su lecho, cada uno de ellos me dice, con la voz de los guijarros: 'Oh Señor, te obedecemos, porque Tú eres nuestro Maestro'. Pero mi pueblo", dice Dios, "es un pueblo repugnante y rebelde. Se desvían de Mí".

¿Y no es, hermanos míos, una cosa maravillosa, que toda la tierra sea obediente a Dios, excepto el hombre? Incluso el poderoso Leviatán, que encanece el abismo, no peca contra Dios, sino que su curso está ordenado de acuerdo con el decreto de su Maestro Todopoderoso. Estrellas, esas maravillosas masas de luz son fácilmente dirigidas por el mismo deseo de Dios. Las nubes, aunque parezcan erráticas en su movimiento, tienen a Dios por piloto. "Él hace de las nubes Su carroza", y los vientos, aunque parecen inquietos e incontrolables, sin embargo, soplan, o dejan de soplar, tal como Dios quiere. En el Cielo, en la tierra, incluso en las regiones inferiores, casi diría, difícilmente podríamos encontrar una desobediencia como la que practican los hombres, al menos en el Cielo hay una obediencia alegre, y en el infierno hay una sumisión forzada a Dios, mientras que en la tierra el hombre hace la vil excepción, continuamente se rebela contra su Hacedor.

Todavía hay otro pensamiento en el texto y trataré de exponerlo. Leámoslo de nuevo. "¿No me teméis? dice el Señor: ¿No temblaréis ante mi presencia?" Ahora, aquí está la esencia del asunto: "que puse arena por limite al mar, por ordenación eterna la cual no quebrantará para que no pueda pasarlo. Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán, bramarán sus ondas, mas no lo pasarán. No obstante, este pueblo tiene corazón falso y rebelde, se apartaron y se fueron". "El mar", dice Dios, "no solo es obediente, sino que se hace obediente simplemente por la restricción de la arena". No es la roca de diamante la que frena el mar a la mitad de fácil que ese pequeño cinturón de arena y guijarros que preserva la tierra seca de las inundaciones del océano.

Ese es el punto en el que nos detendremos esta mañana. El mar está contenido por un cinturón de arena, pero nosotros, a pesar de todas las restricciones de Dios, somos un pueblo empeñado en rebelarse contra Él.

La doctrina del texto me parece que es esta: que sin medios sobrenaturales Dios puede hacer obedientes a todas las criaturas excepto al hombre. Pero el hombre es tan desobediente en su corazón, que sólo alguna agencia sobrenatural puede hacerlo obediente a Dios, mientras que la simple agencia de la arena puede contener el mar, sin ningún esfuerzo estupendo del poder Divino más de lo que Él normalmente hace en la naturaleza.

Él no puede así hacer al hombre obediente a Su voluntad.

Ahora, hermanos míos, miremos hacia atrás en la historia y veamos si no ha sido así. ¿Cuál ha sido un problema mayor, si podemos hablar así con respecto a la mente divina, que el de restringir a los hombres del pecado? ¡Cuántas restricciones ha puesto Dios sobre el hombre! Adán está en el jardín, puro y santo. Tiene restricciones que uno pensaría que son lo suficientemente fuertes como para evitar que cometa un pecado tan despreciable y aparentemente inútil como aquel por el cual cayó. Él tendrá todo el jardín a perpetuidad, si no come del árbol de la vida, su Dios caminará con él y lo hará Su amigo. Además, al aire del día, conversará con los ángeles y con el Señor, el Maestro de los ángeles, y, sin embargo, se atreve a comer de ese fruto sagrado que Dios había puesto para que el hombre no lo tocara, entonces debe morir.

Uno pensaría que es suficiente, prometer recompensa por la obediencia y castigo por el pecado, pero no, el examen falla. El hombre, abandonado a su libre albedrío, toma el fruto y cae. El hombre no puede ser refrenado, ni siquiera en su pureza, tan fácilmente como el poderoso mar. Desde entonces, nota lo que Dios ha hecho a modo de restricción. El mundo se ha corrompido, todo está cubierto de iniquidad. Adelante viene un Profeta. Enoc profetiza de la venida del Señor, declarando que lo ve venir con diez mil de Sus santos para juzgar al mundo. Ese mundo continúa, tan profano e indiferente como antes, otro Profeta se levanta y clama: "Todavía un poco y esta tierra se hundirá en una inundación de agua". ¿Los hombres cesan de pecar? No, el libertinaje, el crimen, las iniquidades de la clase más vil, son tan frecuentes como antes.

El hombre se precipita hacia su destrucción. El diluvio llega y destruye a todos menos a unos pocos favorecidos. La nueva familia sale a poblar la tierra. ¿No será ahora el mundo limpio y santo? Espera un poco y verás. Uno de estos hombres hará algo que lo convertirá en una maldición para siempre, y su hijo, Canaán, heredará en años posteriores la maldición de su padre. No mucho después de eso, ves a Sodoma y Gomorra devoradas por el fuego que Dios hace llover del Cielo. Pero ¿y esto? ¿Qué pasa si en años posteriores Faraón y sus carros se ahogan en el Mar Rojo? ¿Qué pasaría si Senaquerib y sus huestes perecieran a medianoche por el toque de un arcángel? ¿Qué pasaría si el mundo se tambaleara de un lado a otro como un borracho, embriagados con el vino de la ira de Dios? ¿Qué pasaría si la tierra estuviera marcada y quemada por la guerra? ¿Y si se inunda con inundaciones? ¿Y si se oprimiera con hambres, pestilencias y enfermedades?

Ella todavía continúa de la misma manera. En esta hora el mundo es un mundo pecador y rebelde, y hasta que Dios no haga una obra en nuestros días, como difícilmente creeríamos, aunque un hombre nos la diga, el mundo nunca será puro y santo. El mar está contenido por la arena. Admiramos el hermoso hecho poético. Pero el hombre, siendo naturalmente más ingobernable que la tempestad y más impetuoso que el océano, no debe ser domado, no doblará su cuello al Señor, ni será obediente al Dios de toda la tierra.

“Pero, ¿qué sucede con esto?”, dices, “sabemos que es verdad, no lo dudamos”. Quédense un rato. ¡Ahora vengo a tratar con sus corazones y conciencias y que el Espíritu Santo me ayude a hacerlo! Los dividiré, como Dios los dividiría a ellos: santos y pecadores.

En primer lugar, Santos, tengo una palabra que decirles. Quiero que veas esto como una doctrina no más evidente en la historia de la humanidad en general, que abundantemente verificada en tu propio caso. Ven, ahora, quiero preguntarte esta mañana, si no se puede decir verdaderamente de ti: “El mar está limitado por la arena. Pero yo soy una de esas personas que están empeñadas en rebelarse contra Dios, y ninguna de Sus restricciones puede impedirme pecar”. Repasemos, por unos momentos, las diversas restricciones que Dios ha puesto sobre su pueblo para guardarlo de los pecados que, sin embargo, son totalmente ineficaces, sin el poder acompañante de la gracia irresistible.

Primero, entonces, recuerda que hay una restricción de gratitud que, para el humilde corazón regenerado, necesariamente debe crear un motivo muy fuerte para la obediencia. No puedo concebir nada que deba impulsarme tanto a la obediencia como el pensamiento de que le debo tanto a Dios. Oh Heredero del Cielo, puedes mirar atrás a la eternidad y ver tu nombre en el hermoso Libro de la Vida de la vida. Puedes cantar sobre el amor que elige. Crees que se hizo un Pacto con Cristo a tu favor y que tu salvación se aseguró en ese momento cuando las manos del Hijo Eterno tomaron el lápiz y firmaron Su nombre como el Representante de todos los elegidos. Crees que en el Calvario todos tus pecados fueron expiados. Tienes en tu alma la convicción de que tus pecados, pasados, presentes y por venir, fueron todos contados en la cabeza del chivo expiatorio de antaño y llevados para siempre. Crees que ni la muerte ni el Infierno podrán jamás separarte del pecho de tu Salvador. Sabéis que os está guardada una corona de vida que no se desvanece y vuestra alma expectante anticipa que, con ramas de palmeras en vuestras manos, con coronas de oro sobre vuestra cabeza y calles de oro bajo vuestros pies, seréis felices Siempre.

Tú crees que eres uno de los favorecidos del Cielo, un objeto especial de solicitud Divina. Piensas que todas las cosas cooperan para tu bien, sí, estás persuadido de que todo en la Providencia tiene una consideración especial para ti y para tus Hermanos predilectos. Te pregunto, oh Santo, ¿no es este un lazo lo suficientemente fuerte como para guardarte del pecado? Si no fuera por la desesperada inestabilidad de tu corazón, ¿no serías refrenado de pecar por esto? ¿No es vuestro pecado sobremanera pecaminoso, porque es pecado contra el amor que elige, contra la paz redentora, contra la misericordia que supera todo, contra el afecto incomparable, contra la gracia sin límites, contra el amor sin mancha?

¡Ah, el pecado ha llegado a su clímax cuando se atreve a pecar contra un amor como este! Oh cristiano, tu afecto por tu Señor y Maestro debería refrenarte de la iniquidad.

Los pecados de ayer afloran ahora a tu memoria. Oh, míralos hacia atrás. ¿No te dicen que pecas muy ingratamente? Oh Santo, ¿no usaste ayer en vano el nombre de tu Maestro y no sólo el de tu Maestro, sino el de tu Padre? ¿No tenías ayer un corazón incrédulo? ¿No te mostraste petulante cuando se te concedieron favores que deberían hacer que un hombre vivo no estuviera dispuesto a quejarse? ¿No estabas, cuando Dios te ha perdonado diez mil talentos, enojado con tu prójimo, que te debía cien denarios? Ah, cristiano, aún no estás libre del pecado, ni lo estarás hasta que hayas lavado tus vestiduras en el arroyo negro de la muerte y entonces serás santo, tan santo como los glorificados y puros y sin mancha, como los ángeles alrededor del Trono, pero no hasta entonces. Te pregunto, oh santo, viendo tus pecados como pecados contra el amor y la misericordia, contra las promesas del pacto, los juramentos del pacto, los compromisos del pacto, de hecho, y los cumplimientos del pacto, ¿no es tu pecado una cosa desesperada, y no eres tú mismo un rebelde y repugnante ser, viendo que no puedes ser retenido por tal barrera de diamante como tu alma reconoce?

A continuación, observa que el santo no solo tiene esta barrera contra el pecado, sino muchas otras. Tiene toda la Palabra de Dios dada a él como advertencia, está habituado a leer sus páginas. Allí lee que, si quebranta los estatutos y no guarda los Mandamientos del Señor, su Padre castigará con vara sus transgresiones y con azotes su iniquidad. Tiene delante de él en la Palabra de Dios abundantes ejemplos. Encuentra a un David yendo con los huesos rotos a su tumba después de su pecado. Encuentra a un Sansón despojado de su cabellera y con los ojos arrancados. Él ve prueba tras prueba de que el pecado encontrará al hombre, que el rebelde de corazón se llenará de sus propios caminos. Abundantes advertencias hay para el hijo de Dios, no de los santos que han perecido, porque no tenemos ninguno registrado en las Escrituras y ninguno perecerá finalmente, pero tenemos muchas advertencias de daños grandes y dolorosos, sufridos por los propios hijos de Dios cuando se han desviado de su curso debido. Y, sin embargo, oh cristiano, contra toda advertencia y contra todo precepto te atreves a pecar. Oh, ¿no eres una criatura rebelde y no puedes humillarte esta mañana al pensar en la grandeza de tu iniquidad?

De nuevo, el santo peca contra su propia experiencia. Cuando mira hacia atrás en su vida pasada, descubre que el pecado siempre ha sido una pérdida para él. Nunca ha encontrado ningún beneficio, pero siempre ha perdido por ello. Recuerda tal y tal transgresión, te pareció dulce en ese momento, pero oh, hizo que tu Maestro retirara Su presencia y ocultara Su rostro. El santo puede recordar el tiempo en que el pecado colgaba como una piedra de molino alrededor de su cuello, y sintió la llama terrible del remordimiento ardiendo en su alma, y supo cuán malo y amargo es pecar contra Dios. Y, sin embargo, el santo peca.

Ahora bien, si el hombre inconverso peca, no peca contra su propia experiencia, porque no ha tenido esa verdadera experiencia del corazón que hace que el pecado sea sumamente pecaminoso.

Pero cada vez que pecas, oh santo canoso, pecas con venganza, porque a lo largo de tu vida has tenido muchas pruebas de lo que el pecado ha sido para ti. No te has engañado al respecto, porque has sentido su amargura en tu corazón, y cuando sorbes el trago maldito estás verdaderamente encaprichado, porque pecas contra la experiencia. Sí, y el más joven de los santos, ¿no te han hecho probar la amargura del pecado? Yo sé que sí, si sois santos, ¿e iréis y mojaréis vuestros dedos en la copa nauseabunda? ¿Volverás a poner la copa envenenada en tus labios? Sí lo harás. Pero debido a que lo hacen a pesar de su experiencia, debería hacerlos llorar por ser rebeldes tan desesperados contra un Dios tan amoroso, que no solo ha puesto una barrera de arena, sino una barrera de acero probado para contener tus lujurias, y aun así se rompen. En verdad sois un pueblo rebelde y repugnante.

Por otra parte, Dios guarda a todos Sus hijos con la Providencia para guardarlos del pecado. Podría decirles aun por la poca experiencia que he tenido de las cosas espirituales, muchos casos en que siento que he sido guardado del pecado por la Divina Providencia. Ha habido temporadas en las que la mano fuerte del pecado ha aparecido por un tiempo para dominarnos, y hemos sido arrastrados por una fuerte lujuria inherente, que éramos propensos a practicar antes de nuestra regeneración. Estábamos embriagados con la lujuria, recordamos cuán placentero fue para nosotros en los días de nuestra iniquidad, cómo nos deleitamos en ella, hasta que de repente fuimos arrastrados hasta el borde mismo del precipicio y miramos hacia abajo, nuestro cerebro daba vueltas, no podíamos estar de pie. ¿Y no recordamos cómo en ese momento una Providencia impactante se interpuso en nuestro camino y nos salvó, o de lo contrario deberíamos haber sido excomulgados de la iglesia por violar las reglas del decoro?

Ah, cosas extrañas nos pasan a algunos de nosotros. A algunos de ustedes les han pasado cosas extrañas. Fue sólo una Providencia que en alguna triste y solemne ocasión a la que nunca miras atrás sin pesar, te salvó del pecado que hubiera sido una costra en tu carácter. ¡Bendito sea Dios por eso! Pero acordaos, a pesar del ceñido de Su Providencia, cuántas veces habéis ofendido. Y deja que la frecuencia de tu pecado te recuerde que en verdad debes ser una criatura rebelde. Aunque Él te ha afligido, has pecado. Aunque te ha castigado, has pecado. Aunque os haya puesto en el horno, la escoria no se ha apartado de vosotros. ¡Oh, cuán corruptos están vuestros corazones y cuán propensos sois todavía a vagar, a pesar de todas las barreras que Dios os ha puesto para rodearos!

Sin embargo, una vez más, amados, permítanme recordarles que todas las ordenanzas de la Casa de Dios están destinadas a ser controles para el pecado. Él nos ciñe con la adoración

del santuario. Él nos ciñe con el recuerdo de nuestro santo Bautismo, y todo lo demás que está relacionado con el cristianismo está destinado a protegernos del pecado. Y grandes son los efectos que éstos producen. Sin embargo, todos son insuficientes, sin la gracia preservadora de Dios, dada a nosotros día a día. Pensemos, amados, también, que Dios nos ha dado una conciencia tierna, más tierna que la conciencia de los hombres mundanos, porque nos ha dado conciencias vivas, mientras que las suyas están a menudo cauterizadas y muertas. Y, sin embargo, contra esta conciencia viva, contra las advertencias del Espíritu, contra el precepto, contra la promesa, contra la experiencia, contra el honor de Dios y contra la gratitud que le debemos, ¡Los santos de Dios se han atrevido a pecar! Y deben confesar ante Él que son rebeldes y se han rebelado contra Él. Inclinen sus cabezas con vergüenza mientras consideran sus caminos y luego levanten sus corazones, cristianos, en amor adorador, que Él los ha guardado cuando sus pies se apresuraban al Infierno, donde habrían ido a no ser por Su gracia preservadora. Esta paciencia de vuestro Dios, esta tierna compasión, ¿no será el tema de vuestro día a día?

***“Mientras duren la vida, el pensamiento y el ser,
¿o dure la inmortalidad?”***

¿No orarás para que Dios no te deseche, ni quite de ti su Espíritu Santo, aunque seas una criatura rebelde y te hayas rebelado contra Él? Esto es para los santos.

¡Y ahora que el Espíritu me ayude, mientras me esfuerzo por aplicarlo a los pecadores! Pecador, tengo cosas solemnes que decirte esta mañana, concédeme por unos minutos tu más cercana atención. Te hablaré como si este fuera el último mensaje que debería entregarte al oído. He pedido a mi Dios que pueda hablarte así, oh pecador, si no gano tu corazón, que al menos me libere de tu sangre. Y si no soy capaz de convencerte de tu pecado, puedo al menos dejarte sin excusa en aquel día "cuando Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo conforme mi Evangelio". Vamos, entonces, pecador, en primer lugar, te ruego que consideres tu culpa. Has oído lo que he dicho. El poderoso océano es mantenido en obediencia por Dios y restringido dentro de su cauce por simple arena. Y tú, gusano triste, criatura de un día, efímero de una hora, eres un rebelde contra Dios.

El mar le obedece, tú no. Considera, te lo ruego, cuántas restricciones te ha puesto Dios, no ha frenado tus deseos con arena sino con acantilados. Y, sin embargo, habéis rebasado todos los límites en la violencia de vuestras transgresiones. Quizá Él ha controlado tu alma con el recuerdo de tu culpa. Esta mañana te has sentido despreciador de Dios, o si no eres un despreciador, eres un mero oidor y no tienes parte ni suerte en este asunto.

¿No te acuerdas de tus pecados ante los consejos de tu madre y las fuertes amonestaciones de tu padre? ¿Nunca te revisan? ¿Nunca crees que ves las lágrimas de una madre viniendo

detrás de ti? ¿Nunca has escuchado la oración de un padre por ti? Cuando has estado pasando las noches en la disipación y te has ido tarde a casa a tu cama, ¿nunca has pensado que has visto el espíritu de tu padre al lado de tu cama, ofreciendo una oración más por un Absalón, su hijo, o por un Ismael, su hijo rebelde?

Considera lo que has aprendido, hijo. Bautizados con lágrimas de madre, casi sumergidos en ellas. A ti se te enseñó temprano a conocer algo de Dios, luego pasaste de las rodillas de tu madre, a las de un piadoso maestro. Fuiste entrenado en una escuela dominical, o al menos te enseñaron a leer la Biblia. Conocéis las amenazas de Dios, no es una historia nueva para vosotros cuando os advierto que los pecadores deben ser condenados. No es una historia nueva cuando les digo que los santos llevarán la corona de estrellas. Tú sabes todo eso. Considera, entonces, cuán grande es tu culpa. Has pecado contra la luz y el conocimiento. No eres el pecador hotentote, que peca en la oscuridad, sino que eres un pecador ante el alto Cielo a plena luz del día. No has pecado por ignorancia, lo has hecho cuando lo sabías mejor. Y cuando vengas a ser juzgado, tendrás una condenación adicional, porque conocías tu deber, pero no lo hiciste. Deseo dejarte claro esto, lo cargo solemnemente sobre tu conciencia, ¿es cierto, o no lo es?

Algunos de ustedes han tenido otras cosas. ¿No recuerdas, hace poco tiempo, cuando la enfermedad abundaba y tú estabas tendido en tu cama? Una noche que nunca olvidarás, la enfermedad se apoderó de ti y el hombre fuerte se inclinó. ¿No recuerdas qué vista tenías entonces de las regiones de los condenados? ¿No con tus ojos, sino con tu conciencia? Pensaste que escuchaste sus gritos, pensaste que pronto estarías entre ellos, tú mismo. Creo que te veo, volviste tu rostro hacia la pared y gritaste: "¡Oh Dios, si me salvas la vida, me entregaré a ti!" Tal vez fue un accidente. Tuviste miedo de que la muerte estuviera muy cerca, los terrores de la muerte se apoderaron de ti y gritaste: "¡Oh! Dios, permíteme llegar a casa a salvo, y mis rodillas dobladas y mis lágrimas derramándose a torrentes, probarán que soy sincero en el voto que hago".

¿Pero cumpliste ese voto? No, has pecado contra Dios. Tus votos rotos han ido antes que tú al juicio. ¿Crees que es poca cosa hacer una promesa a tu prójimo y romperla? Puede que así sea en vuestra estimación, pero no así en la de los hombres honrados. Pero, ¿te parece poca cosa prometer a tu Hacedor y romper tu promesa? Ese no es un castigo leve, pecar contra el Dios Todopoderoso. Te costará tu alma, Hombre, y la sangre de tu alma para siempre si continúas de esta manera. Has voto y cumple, o si no cumples, no hagas voto, porque Dios visitará esos votos sobre ti en el día en que Él haga la inquisición de sangre y destruya tu alma.

Has sido guardado así, recuerda que has tenido liberaciones extraordinarias, la enfermedad no te mató, tus huesos rotos fueron sanados. No moriste. Cuando las fauces de la muerte se levantaron, no se cerraron sobre ti, aquí estás todavía. Tu vida está perdonada.

Oh, mis queridos oyentes, algunos de ustedes son los peores. Ustedes se han sentado regularmente en estas bancas. Dios es mi testigo de cuán fervientemente los he anhelado a todos ustedes en el corazón de Cristo. No he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Si yo hubiera sido un servidor del tiempo y retenido parte de la Verdad de Dios, mucho más honor habría recibido de los hombres del que he recibido, pero he limpiado mi conciencia, confío, de tu sangre. ¿Cuántas veces he visto llorar a hombres y mujeres, las lágrimas calientes cayendo por sus mejillas en rápida sucesión y esperaba que debería haber visto un cambio en algunas de sus vidas? Pero, ¡cuántos de ustedes hay que han seguido pecando contra las advertencias que, estoy seguro, aunque pueden haber sido superadas en elocuencia, nunca han sido superadas en sinceridad!

¿Crees que es poca cosa pecar contra el Embajador de Dios? No es un pecado pequeño cada vez que pecamos contra las advertencias que hemos recibido, pecamos tanto más atrozmente. Pero hay algunos, yo tenía esperanza para vosotros, pero habéis vuelto a los caminos de perdición. He llorado: "Conviértete, vuélvete, ¿por qué morirás?" Pero me he visto obligado a ir a mi Maestro con esa exclamación: "¿Quién ha creído nuestro informe? ¿Y a quién se revela el brazo del Señor?" ¡Ay de ti Betsaida! ¡Más te valiera haber sido Tiro y Sidón que haberte quedado en medio de los privilegios, si al fin perecieras! ¡Ay de vosotros, oyentes de New Park Street! ¡Ay de vosotros que no escucháis la voz del ministro aquí! ¡Si perece bajo nuestras advertencias, perecerá de una manera horrible!

"¡Ay de ti, Cafarnaúm! Eres exaltado hasta el Cielo, pero serás arrojado al Infierno". ¡Ay de ti, joven mujer! Has tenido una madre piadosa y has tenido muchas advertencias. ¡Ay de ti, joven! Has sido un joven derrochador, has sido traído a esta casa de oración desde tu infancia y estás sentado allí incluso ahora, a menudo te duele la conciencia, a menudo tu corazón te dice que estás equivocado. ¡Y aun así sigues sin cambios! ¡Ay de ti! ¡Ay de ti! Y, sin embargo, clamaré a mi Dios para que Él evite ese dolor y os perdone. Que no os dejaría morir, sino que os traería a sí mismo para que no perezcaís ahora en vuestros pecados. ¡Pecador! Dios tiene una controversia contigo. Él doma el mar, pero tú no serás domado. Nada más que Su maravillosa Gracia ejercida en ti te detendrá en tus lujurias. Habéis pecado contra las advertencias y las reprobaciones, contra las providencias, las misericordias y los juicios, y continuáis pecando.

Oh, mis oyentes, cuando pecas, no pecas tan barato como los demás. Porque cuando pecas, pecas en los mismos dientes del Infierno. ¡Estoy seguro de que no hay un hombre o una mujer en este lugar que, cuando peca, no sepa que el Infierno es la consecuencia inevitable! Señores, ustedes no pecan en la oscuridad. Cuando Dios os dé el pago de vuestra iniquidad, no podréis decirle a Dios: "No sabía que esta sería la paga de mi trabajo". Cuando sembraste cizaña, no podías esperar cosechar trigo. Sabías "que los que siembran cosas

carnales, segarán cosas carnales". Estás sembrando para la carne, pero no con la esperanza de cosechar salvación, porque sabéis que "El que siembra para la carne, de la carne segará corrupción".

Pecador, ¡es terrible pecar cuando Dios pone el infierno delante de ti! ¿Qué? ¿Pecado cuando Él ha dado Su amenaza? ¿Pecado? ¿Mientras el Sinaí retumba, mientras el Infierno arde? Eso es pecar, de hecho. Pero, ¿cuántos de ustedes, mis queridos lectores, han pecado así? Quisiera a Dios que Él convirtiera esta casa en un Bochim, para que pudieras llorar por tu culpa. Es lo más difícil del mundo hacer creer a los hombres su culpa. Si pudiéramos lograr que hicieran eso una vez, encontraríamos que Cristo les revelaría Su salvación. No puedo, con mi voz pobre y mi pronunciación débil, ni siquiera hacerte pensar que es Cristo Jesús en el ministerio de Su Espíritu, quien puede darte un sentido verdadero y real de tu pecado. ¿Lo ha hecho? ¿Ha bendecido Él mis palabras a alguno de ustedes? ¿Alguno de ustedes siente sus pecados? ¿Alguno de ustedes sabe que es rebelde? ¿Dices que de ahora en adelante enmendarás tus caminos?

Señores, déjenme decirles que no pueden hacer eso. ¿Eres mejor que el más poderoso de los hombres? Los mejores de los hombres no son más que hombres en el mejor de los casos, y están convencidos de que no pueden domar sus propias pasiones turbulentas. Dios dice que el mar se puede domar con arena, pero el corazón del hombre no se puede contener, sigue siendo repugnante. ¿Crees que puedes hacer lo que Dios dice que es imposible? ¿Te crees más fuerte que Dios Todopoderoso? ¿Qué? ¿Puedes cambiar tu propio corazón, cuando Dios declara que debemos nacer de nuevo de lo alto, o de lo contrario no podemos ver el reino de los Cielos? Otros han intentado hacerlo, pero no pueden. Te lo suplico, no trates de hacerlo con tus propias fuerzas. Me alegro de que sepas tu culpa, pero, oh, no aumentes esa culpa tratando de lavarla en la corriente inmunda de tus propias resoluciones. Ve y dile a Dios que conoces tu pecado, y confíésalo delante de Él, pídele que cree en ti un corazón limpio y renueve en ti un espíritu recto. Dile que sabes que eres rebelde y que estás seguro de que siempre lo serás, a menos que Él cambie tu corazón. Y os suplico, no descanséis satisfechos hasta que tengáis un corazón nuevo.

Mi querido lector, no te contentes con el bautismo, no te contentes con la Cena del Señor, no te conformes con cerrar tu tienda el domingo, no te contentes con dejar la embriaguez, no te conformes con dejar de jurar. Recuerda, tu puedes hacer todo eso y ser condenado. ¡Es un corazón nuevo y un espíritu recto lo que necesitas! Comienza con eso y cuando tengas eso, todo lo demás saldrá bien. ¡Piensa, mi oyente! Puedes barnizarte y dorarte a ti mismo, pero nunca puedes cambiarte a ti mismo. Puedes moralizar, pero nunca puedes espiritualizar tu corazón. ¡Piensa! Estás perdido esta mañana y piensa en esto, no puedes hacer nada para salvarte. Deja que ese pensamiento se eleve en tu alma y te derrumbe. Y cuando vayas a Dios, clama: "Oh Señor, haz lo que yo no puedo hacer, sálvame, oh Dios mío, por Tu misericordia".

Mis queridos oyentes, ¿les he hablado con dureza o preferirán tomarlo con amor? Tú que has pecado tan terriblemente contra Dios, ¿lo sientes? Bueno, no tengo gracia para ofrecerte, no tengo a Cristo para ofrecerte, pero tengo a Cristo para predicarte. ¿Qué diré? Diré esto: eres un pecador. "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, aun a los más grandes". ¿Eres un pecador? Entonces Él vino a salvarte. ¡Oh, alegre sonido! Estoy listo para subirme al púlpito con mucho gozo, para tener esto que predicarte. Puedo aplaudir con el éxtasis de mi corazón porque se me permite decirte nuevamente: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores".

Déjame decirte que cuando vino a este mundo fue clavado en la cruz y allí expiró en un dolor y una agonía desesperados y allí gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Allí la sangre corrió de Sus manos y pies y debido a que Él sufrió Él es capaz de perdonar. Pecador, ¿usted cree eso? Estás negro en el pecado, ¿crees, frente a tu vileza, que la sangre de Cristo puede limpiarte? ¿Qué dices, pecador? Dios te ha convencido de tu pecado. ¿Estás dispuesto a ser salvo a la manera de Dios esta mañana? Si estás dispuesto, serás salvo. Está escrito: "El que quiera, que venga".

¿Tienes sed esta mañana? Ven aquí y bebe. ¿Tienes hambre? Ven y come. ¿Estas muriendo? Ven y vive. Mi Maestro me pide que os diga, a todos los que sentís vuestros pecados, que estáis perdonados. A todos ustedes que conocen sus transgresiones, Él me pide que les diga esto: "Yo, yo soy el que borro vuestras transgresiones por amor de mi nombre". ¿Has sido adúltero, has sido fornicario, ladrón, borracho, quebrantador del día de reposo, jurador? No encuentro ninguna excepción en esta proclamación: "El que quiera, que venga". No encuentro ninguna excepción en esto: "Al que viene, no le echo fuera". ¿Conoces tu culpa? Entonces no te pregunto cuál es tu culpa. Aunque eres la criatura más vil, de nuevo te digo que, si conoces tu culpa, Cristo te perdonará. ¡Créelo y serás salvo!

Y ahora, ¿quieres irte y olvidar todo esto? Algunos de ustedes han llorado esta mañana. No es de extrañar. ¡La maravilla es que no todos lloramos hasta que nos encontremos salvos! Os iréis mañana a vuestras granjas y a vuestras mercaderías, a vuestras tiendas y a vuestras oficinas.

Y la impresión que pueda haberte producido este día de reposo por la mañana pasará como la nube de la mañana. Mis oyentes, no lloraría, aunque deberían llamarme con todos los nombres que se les ocurran, pero lloraré porque ustedes no llorarán por ustedes mismos. Pecadores, ¿por qué seréis condenados? ¿Es agradable rebelarse en las llamas del Infierno? ¡Señores, qué provecho hay en vuestra muerte! ¿Qué? ¿Es algo honorable rebelarse contra Dios? ¿Es un honor pararse y ser el desprecio del universo de Dios? ¿Dices que no morirás? ¿Lo aplazarás un rato?

Pecador, nunca tendrás una temporada más conveniente. Si hoy es un inconveniente, mañana lo será más. Dilátalo hoy, seca las lágrimas de tus ojos y llegará el día en que darías un millón de mundos por una lágrima, pero no podrás obtener una. Muchos hombres han tenido un corazón blando, han desaparecido y en años posteriores han dicho: "¡Oh, si pudiera derramar una lágrima!" ¡Oh Dios! ¡Haz Tu Palabra como un martillo en esta mañana para que rompa en pedazos el corazón rocoso! Tú que conoces tus pecados, como embajador de Dios, te suplico, "reconcíliate con Dios". "Honrad al Hijo, para que no se enoje y perezcaís en el camino, cuando su ira se enciende sólo un poco".

Recuerda, una vez perdido, estás perdido para siempre, pero si eres salvo una vez, ciertamente eres salvo para siempre. "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo", dijo Pablo en la antigüedad. Jesús mismo ha dicho: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo, más el que no creyere, será condenado". No terminaré con una maldición. "El que creyere, será salvo". ¡Dios les dé a todos un interés en esa bendición eterna, por amor al Señor Jesús! ¡Amén y amén!

EstudiaLaPalabra.org